

REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

Depósito Legal: J 696-2013

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

ISSN: 2341-0086

Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

14ª Edición: diciembre del 2026

Enlace a la página Web: <http://www.revistapenelope.com>

Email: encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com

Teléfono de contacto: 617 91 87 97

**Relato
de
Juani Lombardo González**

LA GUARDIANA

I. La ciudad

Inés pasea por las calles de una ciudad que aún no le pertenece. Camina atenta a las huellas que cree reconocer en cada esquina, como si buscara un rostro familiar entre desconocidos. Ha venido a Jaén por trabajo, pero este jueves el tiempo es suyo. Sus ojos, encendidos por una curiosidad obstinada, recorren cuanto encuentran: ha salido a descubrir el día, o quizá a que el día la descubra a ella.

En el reflejo de un cristal de escaparate se reconoce a medias. La chaqueta entallada, el maletín de cuero cargado de informes, el teléfono vibrando con una urgencia que decide ignorar. Esa mujer de gesto firme no es más que un disfraz. Debajo, casi en silencio, resiste la otra. La que escribe.

El asfalto de la calle Maestra le devuelve un calor seco, impropio de la estación, que asciende por las suelas de sus zapatos. Inés se detiene ante un escaparate de mantones y encajes. No busca una compra; busca algo que aún no tiene nombre.

La ciudad se alza en cuevas que trepan hacia la cruz del Castillo. Inés se interna en el **casco antiguo**, un laberinto de fachadas encaladas y muros de mampostería que se aprietan a las faldas del cerro.

Avanza entre viviendas bajas, protegidas por rejas de forja y puertas entornadas que la observan con el mismo recelo con el que ella interroga los relieves de los portones.

Las calles desembocan, casi por sorpresa, en la Plaza de Santa María. Allí el aire cambia. Un rastro de humedad, leve pero insistente, rompe la lógica de la tarde.

Inés cierra los ojos y se deja llevar. Algo —no sabría decir qué— tira de ella hacia un punto preciso de la ciudad. Aún no lo sabe, pero está a punto de cruzar un umbral.

II. La bajada a palacio

El Palacio de Villardompardo la recibe con la sobriedad fría de sus muros renacentistas. No se detiene en el patio de columnas ni en la luz franca de las galerías superiores. Algo la empuja hacia la escalera que desciende a los sótanos.

Conforme baja, el sonido de la ciudad comienza a amortiguarse, como si el aire se volviera espeso. Sus zapatos de oficina, que antes golpeaban el asfalto con firmeza, producen ahora un eco hueco, casi clandestino.

Desciende a un espacio que ha guardado el tiempo durante mil años. Restos de pintura roja asoman como una promesa, mientras, a lo lejos, la voz de la guía flota sobre el grupo hablando de califas. Para Inés, los números no tienen peso. Lo que la alcanza es el olor a tierra mojada y cal antigua, densa y mineral.

Al cruzar hacia el Bayt al-Wastani, la luz se vuelve tamizada bajo la cúpula central. Allí, las lucernas estrelladas proyectan sombras que parecen querer despegarse del suelo, mientras un eco lejano, casi imposible, le devuelve el latido del agua.

Allí está el grupo. Un puñado de turistas con cámaras al cuello y chaquetas de colores brillantes: manchas de pintura estridentes fuera de lugar en un entorno de sombras milenarias.

III. La sala caliente

—¿Estamos todos? Perfecto. Comencemos... —la voz de la guía rompe el hechizo momentáneamente—. Nos encontramos en la última sala, la sala caliente del *hammam*...

Inés se sitúa al borde del grupo. Ha dejado de escuchar; las cifras y los siglos son ahora un zumbido sin forma. Sus dedos buscan, con una necesidad desconocida, la rugosidad de la pared, como si reconocieran un camino antes que ella.

—Bajo el suelo que pisan hay pequeños pilares de ladrillo que permitían que el calor circulara hacia los muros —continúa la guía.

Una humedad inesperada le roza los tobillos. No es una sensación vaga: es agua, o algo que se le parece, ascendiendo despacio por la piedra. El ladrillo, bajo la suela, ya no está frío. Por un instante, cree ver una toalla de lino olvidada en un rincón que debería estar vacío. Parpadea. Ya no está.

Sus dedos insisten sobre el sillar y, a la altura del pecho, oculto por una sombra, encuentran un surco. No es una grieta. Es una cicatriz. Un nudo de doble lazada que se entrelaza en el centro, donde las líneas se pierden sin principio ni fin. Al tocarlo, el calor le sube por el brazo. Late. Ha dejado de ser una impresión para convertirse en una respuesta.

—Está situada junto a las calderas... —la voz de la guía llega desde muy lejos, como si atravesara agua.

El aire se espesa. Inés retira la mano, de golpe. El pulso le golpea en la garganta. Niega levemente, como si alguien pudiera verla.

—No puede ser... —murmura.

Pero la piedra sigue tibia bajo sus dedos.

IV. La aparición del vaho

Pero Inés lo siente. Apoya de nuevo la palma sobre la piedra, ignorando las risas del grupo que ya se aleja hacia la sala templada. Bajo su mano, la superficie vibra. No es una impresión. Es un latido que le sube por el brazo y la obliga a cerrar los ojos.

El sonido cambia. La risa de los turistas se estira, se deforma, hasta disolverse en un eco húmedo. El aire se desplaza en un remolino de vaho que le humedece las pestañas, se le posa en la piel como una segunda respiración.

Cuando abre los ojos, el mundo ya no está. No hay carteles. No hay cordones. No hay grupo. El chapoteo contra el mármol toma forma. El golpe seco de las sandalias de madera marca un ritmo antiguo. El murmullo crece, se organiza, respira.

Las ve. Emergen de la bruma como si el vaho las estuviera esculpiendo en ese mismo instante. Son decenas. Una esclava vierte agua con movimientos precisos. Una madre desenreda el cabello de su hija. Un grupo de jóvenes inclina la cabeza para compartir secretos que rebotan bajo la cúpula. Piel de ébano y de nácar brillan bajo las lucernas. Allí, despojadas de túnicas y rangos, todas son iguales bajo el sudor.

Entonces la percibe. No aparece como las otras. Permanece. Sentada en el banco de piedra donde hace un segundo descansaba un folleto del museo. Una mujer de túnica clara. Hombros rectos. La piel húmeda. Una elegancia antigua, intacta.

La mira. No hay miedo. Solo una familiaridad punzante, como si Inés recordara algo que aún no ha vivido.

Zahra. Sabe que está ahí. Sus ojos no se sorprenden: esperan. Extrae un punzón de bronce de entre los pliegues de su ropa y se inclina hacia la piedra. Busca un punto exacto, como quien reconoce una herida. Empieza a trazar. Una línea. Luego otra. El metal araña la roca y ese sonido —seco, persistente— se convierte en el único reloj del mundo. A su alrededor, el hammam respira: vapor espeso, piel, agua, jazmín. Pero Zahra no mira a nadie. Traza. Traza como quien escribe algo que no puede perderse.

Inés observa el gesto y entiende sin palabras: no es un dibujo. Es algo parecido a una marca. Un vínculo. Eso es. Cuando Zahra termina, apoya la palma sobre el nudo recién grabado. Se detiene. Frunce apenas el ceño. Como si hubiera sentido algo. Al otro lado.

—Escribe —dice.

La voz no viaja: aparece.

Inés acerca la mano. El relieve le devuelve el calor. Dos lazos que se buscan. Que se cruzan. Que se atan sin cerrarse nunca. Un nudo infinito. El contacto le recorre el cuerpo como una descarga.

—Hija mía, escribe mi historia para que tú puedas escribir la tuya —añade Zahra, dando un paso hacia ella.

La luz de las lucernas le baña el rostro.

—Reconocerás el lugar cuando llegue el momento.

Inés parpadea. Quiere preguntar. Quiere decir algo. No sabe el qué, pero el aire cambia. Se espesa. Se ensucia. El calor húmedo se quiebra en un bochorno seco. El olor se corrompe: cuero, sal, humo. Las paredes se agrietan. La luz se apaga.

El siglo XI se deshilacha. Y otro tiempo más áspero empieza a ocupar su lugar.

V. La tenería y la mano en la sombra

Entonces la ve. Una mujer trabaja agachada sobre una tina de madera. El hammam es ahora una tenería. El aire pesa. La mujer se gira despacio. El cansancio le marca el rostro, pero en los ojos hay algo intacto. Reconocible.

Isabel.

—No deberías estar aquí —susurra, dando un paso—. Las paredes oyen. El humo guarda lo que no debe decirse.

Se mueve con rapidez contenida. Mira hacia las sombras antes de acercarse, como si cada gesto tuviera consecuencias. Inés no entiende del todo, pero lo siente: urgencia, peligro. Su propia vida —la oficina, el maletín— se vuelve pequeña.

Isabel se inclina hacia la piedra. Apoya la frente un segundo, como si necesitara sostenerse. Luego busca. A tientas. Con los dedos manchados, raspa el sillar hasta encontrar algo. Una curva. El nudo. Bajo la costra de hollín, la marca de Zahra sigue allí. Apagada, pero viva. Mientras raspa, mueve apenas los labios. No es un rezo audible. Apenas un hilo de palabras que el humo se encarga de borrar.

Inés no se aparta. No puede. Cuando Isabel apoya la mano, sus dedos coinciden. Piel contra piedra. Piel contra tiempo.

—No estás sola —dice Inés.

No sabe de dónde salen las palabras.

Isabel se queda inmóvil. Respira. Algo cambia. El temblor en sus manos cede. La espalda se endereza apenas. No mira atrás.

—Tu miedo no es el final —añade Inés, en voz baja.

Durante un instante los siglos dejan de existir. El frío de Isabel encuentra el calor de Inés. Y se sostienen.

—¿Quién anda ahí? —irrumpe una voz desde la sombra.

Isabel se aparta de golpe. Vuelve al trabajo. El cuchillo raspa la piel con un ritmo seco. Pero ya no es el mismo gesto. Se detiene al pie del escalón. Respira hondo. Se incorpora.

Y por primera vez, no mira al suelo.

VI. Cuando una resiste, no lo hace sola

Un parpadeo. El olor a cuero se disuelve. El aire vuelve a ser limpio, casi ajeno. La voz de la guía recupera su volumen, como si alguien hubiera girado el dial de una radio antigua.

—...y con esto terminamos la visita a los baños. Si desean subir a la azotea...

El grupo se mueve. Las chaquetas de colores brillantes recuperan su sitio en el mundo. Inés no. Sigue con la mano apoyada en el sillar. La piedra está fría. Pero en la yema de sus dedos persiste un hormigueo leve, como una memoria que no termina de apagarse.

Baja la mirada. Ahí está el nudo. Dos lazos que se buscan, que se cruzan sin principio ni fin. Lo roza apenas, como si temiera borrarlo. Luego saca el teléfono. No responde a los mensajes. Abre una nota en blanco. Sus dedos dudan un instante. Después escriben.

Al salir, la luz de la calle la golpea con una claridad nueva. Camina sin prisa. Se detiene frente a un muro cualquiera del casco antiguo. Piedra irregular, gastada por siglos de manos. Sonríe. Apoya la palma. No espera nada. Aun así, permanece.

Una mujer pasa a su lado, cargada con carpetas. No la mira. Durante un segundo —apenas un segundo— el aire se espesa. Un velo. Una toca. Un traje. Todo en la misma figura. Y luego nada. Se ajusta la chaqueta. Pero el gesto ya no es el mismo. Afloja el botón superior. Respira.

Zahra cruza el patio con la piel aún húmeda. Antes de salir, se detiene. Lleva la mano al hombro, como si algo —o alguien— se apoyara en ella.

No se vuelve. Sonríe. Y continúa.

Isabel sale a la noche con el pulso todavía agitado. En el umbral, duda un instante. Después alza la cabeza. El frío sigue ahí. Pero ya no pesa igual.

Inés empieza a escribir.

En el escenario, la actriz apoya la mano sobre un muro de cartón piedra. Busca a ciegas. Cuando encuentra el relieve, se detiene. El teatro contiene el aliento. Es solo un gesto. Pero algo —invisible, antiguo— parece sostenerlo.

Entre bambalinas, Inés no mira el teléfono. Se toca la yema de los dedos. Aún queda calor.

Juani Lombardo González

22 de abril de 2026